

Ilusión o nostalgia

Dr. Jesús Alberto Calero

Durante mi infancia y mi adolescencia, alimenté una ilusión que en 1980 se hizo realidad. Por esa época me sentía privilegiado; había ingresado a la Universidad, a pesar de que tal vez 5000 o quizás 7000 aspirantes, a diferencia mía, no podían disfrutar de un sueño hecho realidad. Pensaba cómo no agradecer a mi familia que con esfuerzo ha sido un ejemplo de superación y de logros. Recordé a quienes habían sido mis compañeros; mis profesores con quienes viviré eternamente agradecido y recordé con tristeza, haber tenido que abandonar una promisoriosa carrera deportiva.

Inicié mis estudios en lo que hoy es la Escuela de Odontología y día a día crecía la ilusión; la de todo estudiante, culminar en 5 años una carrera que me permitiera crecer como persona, como hombre y como profesional.

Cómo olvidar de aquellos años, las empujaditas al carro modelo Fernando XVI, Fernando Barreto manejando y 16 empujando, cómo pesaba; su corbatín presidencial de moda años después; las preocupaciones de las básicas; las correrías en busca de pacientes para las clínicas.

Cómo olvidar las reuniones, comentarios, apodos y cuentos al terminar una semana de labores. Le llamábamos "Viernes Cultural", cuyo único requisito era olvidar todo lo que fuera Odontología y convivir en camaradería y en hermandad, esa que hoy parece hemos olvidado.

En aquellos años éramos pocos; casi nos conocíamos todos. Celebrábamos las primiparadas, los baños con agua 100% impura y sudábamos la camiseta del curso, en los campeonatos de fútbol.

Cómo olvidar la lupa, el articulador y los encerados del doctor Umaña; el manual de Ohio y el bendito masetero. Cómo olvidar los primeros pinitos de Cecilia, Pilar, Hada Gabriela y Luzbían que han dedicado sus vidas a la Escuela de Odontología.

Cómo olvidar a la gran Esperanza, su memoria prodigiosa y su horario de 10:00 a 12:00; la sonrisa de Aminta. Cómo olvidar a Edilma y a Esperanza y a todas las otras personas que han trabajado en la Escuela. Cómo olvidar mi primer fresazo y a la "Boliviana" doctora Pérez. Cómo olvidar el susto de las mangueras que se desprendían de los vetustos equipos de las clínicas.

Recuerdo las coladitas al anfiteatro y los demayos del doctor Collazos; los "cadáveres" del doctor Mejía y su dedicación; las piernas de la doctora Martha Pimienta; los gritos de la señora que renunció a continuar laborando en mi casa por aquel señor (esqueleto) que yo tenía y que según ella, yo no había dejado "descansar en paz".

Cómo olvidar a Pedro y su paralelismo; los cantos decembrinos que entonábamos en las prácticas de Radiología; a Edgar y sus conductos obliterados; a "Jodo" y sus jodas; a Arnulfo y al maestro Ulloa, mi "mompita"; a Baraya y sus carreras pájaro-loquíficas; a Jorge Soto en su inicio y su compromiso de hoy con la Escuela.

A Diego López con la cureta mágica y a todos aquellos docentes que nombrarlos haría muy largo este cuento.

Cómo olvidar aquel ruralito que me permitió jugar en serio al Odontólogo; a contemplar la belleza de la fauna y la flora chocoana y la vida en la selva; a racionar sobre el porqué de los orígenes de la violencia en este país y las causas de la descomposición social en que hoy vivimos; cómo olvidar el apoyo de doña Beatriz, toda una dama; qué señora. Cómo olvidar el cañón de Garrapatas y los "temidos" guerrilleros.

Imposible no recordar los carteles de celebración del día del Odontólogo; celebración que era para todos: estudiantes, auxiliares y el título de "tiranervios" que habíamos otorgado a nuestros docentes de quienes era máximo representante Gustavo "Sinisterra", por aquella época.

Cómo olvidar los "michos" y la pregunta atropetada del doctor Bravo; los planteamientos filosóficos y profundos del doctor Cadena. Cómo olvidar a "demoníaca" Chávez (pesadilla sin fin); a Víctor, mi entrañable amigo; a Armando, a Mecatico y a Milena; a Carlitos, a Chicho, a Gloria; los chancucos de Emma; a Sol Beatriz e Isabel Cristina; al distinguido Gallito, hoy lejos; a don Toyo y a todos aquellos que fueron mis compañeros y que sería largo de enumerar, pero que recuerdo con cariño.

Cómo olvidar la primera "clase" de Prótesis con Escrucería, al buen doctor Palacios, las minifaldas de Yudi, a Martha y a Luz María. Cómo no recordar la lengua del doctor Pérez y sus supuestas fans, a Efraín y sus conversiones.

Cómo olvidar que este 31 de marzo mi promoción cumplió 10 años de egresada.

Cómo olvidar el almendro, al cual no se le ha hecho una placa. El que se ha mantenido firme y en pie, y no cambia a pesar de todo lo que ha oído.

Cómo olvidar los ojos "sudorosos" de quienes tenían que dejar a sus amigos y sus compañeros por esas cosas de la educación; los sollozos de Patricia cuando olvidaba su instrumental y de cómo teníamos solidaridad para recuperarlo; esa solidaridad que afloró para con nuestro colega Eduardo Burbano (q.e.p.d.); esa que nunca debemos dejar perder.

Cómo no recordar los alambres batracios que hacíamos para el doctor Eduardo Zafra (q.e.p.d.); todo un señor. A Yolanda Velasco (q.e.p.d.); a Nana Quevedo (q.e.p.d.); a María de Los Angeles (q.e.p.d.); a Patricia Iragorri (q.e.p.d.); a Lucy Marín (q.e.p.d.); a Nubia Arminda (La razoncita) (q.e.p.d.); quienes hoy por esas esas cosas de la vida no nos brindarán sus sonrisas nunca más, ni su amistad y mucho menos su compañía.

Cómo no recordar las 439 auxiliares de consultorio dental egresadas en 19 promociones; las 344 auxiliares de higiene oral egresadas en 16 promociones; las 101 auxiliares de Odontología Social egresadas en 5 promociones. Cómo olvidar que esta Escuela nació con los programas de auxiliares y que hoy tenemos 350 odontólogos egresados en 15 promociones; un posgrado en Periodoncia con 5 odontólogos capacitándose y que próximamente tendremos un plan de estudios para Técnicos en Laboratorio Dental.

Cómo olvidar que hoy se forman futuros profesionales que ojalá no tengan la ingratitud de otros. Cómo olvidar que nos ha faltado valor para apoyar la Escuela de Odontología de la Universidad del Valle, que nos brindó mucho y a la que algunos hemos entregado poco. Cómo no recordar con nostalgia que personas ligadas a la Escuela, tuvieron posibilidad de dar mucho y que no dieron nada.

Cómo olvidar que cumplimos veinticinco años de existencia como Escuela y que debemos celebrar con ella, no por compromiso, sino por agradecimiento.

Cómo olvidar que existe Asoduva; que necesita que nos vinculemos a ella para hacer algo por nosotros y para nosotros.

Cómo no despedir esta nota con nostalgia, sin decir que me siento orgulloso de ser egresado de la Escuela de Odontología de la Universidad del Valle; algo que no todo odontólogo en Colombia puede decir, a pesar de que muchos lo intentaron. Ella en todos estos años nos ha regalado un pasado, un presente y un futuro del que la historia diría que hacemos parte.